

El Viaje

EDICION EXTRAORDINARIA



Es cosa probada y juzgada la influencia del clima en las costumbres e idiosincrasia de un pueblo o nación.

Por este motivo Chile demuestra esa influencia en sus fiestas ya que el norte, semitropical, tiene sus festividades propias que no guardan relación ni parentesco alguno con las de la región sur del país.

EL CARNAVAL

En el extremo septentrional de Chile, el regocijo del pueblo se demuestra mediante procesiones que arrancan su origen de imágenes del tiempo colonial que casi se confunden con la leyenda, pero sin duda la fiesta más importante del norte es el carnaval.

Se celebra con frenesí y la pasión que el clima inyecta en la sangre de la gente nortina se traduce en una explosión de entusiasmo y colorido que se



S. M. la Reina del Carnaval Estudiantil, Mercedes I, recorre la farándula por las avenidas céntricas de Santiago

FIESTAS DE CHILE

proyecta como una bandera de alegría sobre la fiesta.

El carnaval estalla como un ramo de fuegos de artificio en todos los pueblos del norte chileno.

De conformidad con la tradición, el carnaval se realiza en vísperas de la cuaresma. Empieza tres días antes del

Miércoles de Ceniza y termina ese día con la ceremonia del entierro del carnaval.

Iquique se destaca por la originalidad de la fiesta única en Chile. Es como una lejana repercusión de la salerosa algarada andaluza en que siempre combaten apasionadamente el amor, la galantería y la audacia.

La fiesta consiste en desfiles de alegres comparsas enmascaradas luciendo elegantes y costosos disfraces y caretas. Las comparsas se entregan a bulliciosos combates de flores, serpentinas y donde tampoco faltan los globos llenos de perfumes, los cascarones hechos de cera, rellenos con pinturas y el papel picado. Esta es la "chaya" que algunos "chayeros" extremistas afrontan con rociadas de polvos, harina e incluso baldes de agua.

La juventud aprovecha estas fiestas para vivir sus horas alegres y apresuradas con todas las fuerzas del cuerpo y del alma. Es la hora única y



Caravana estudiantil en la fiesta de la primavera avanza por el Parque Forestal

maravillosa para los que tienen 20 años. Pero no se crea por esto que el carnaval es sólo patrimonio de los jóvenes. En el norte y especialmente en Iquique el carnaval es la fiesta de todos: hombres, mujeres y niños de todas las edades participan con el mismo frenesí en las gratas batallas carnavalescas.

LA FIESTA DE LOS ESTUDIANTES

Desde hace muchos años se celebra en los pueblos y ciudades de Chile, especialmente en Santiago, la fiesta de los estudiantes.

Esta festividad coincide con la llegada de la primavera. Los muchachos guardan sus libros y celebran una especie de juegos florales, proclaman una reina y un rey feo y el poeta que ha vencido en el certamen literario lee o recita su poema a la reina en una **velada bufa** que es uno de los principales números de la fiesta.

La reina preside todos los actos participando en el baile de máscaras o de disfrazados y en el corso de flores donde la juventud rivaliza en el

adorno y presentación de comparsas y de carros alegóricos.

Es una fiesta carnavalesca donde triunfan la alegría, la juventud, el antifaz y la serpiente.

LA VENDIMIA EN EL SUR

La zona central, tierra de valles verdes y agrarios y de grandes y fecundos viñedos que producen la rica chicha y el buen vino que ya tiene mercados en Europa y América, celebra la fiesta de la vendimia que junto con la trilla y el rodeo forman la trilogía de las festividades huasas.

Es en esta zona donde aparece el hombre de campo, el vaquero que es la personificación del agro nacional, bajo el traje del huaso.

En otra crónica nos referiremos al rodeo y a la trilla. Por ahora haremos una breve

Imponentes viñedos chilenos



semblanza de la vendimia: Es el homenaje del campo chileno a la bendición de la vid. Se ha convertido además de fiesta consubstancial del labriego, en permanente motivo de canciones y poemas.

La famosa tonada "Fiesta en los campos chilenos", letra y música de Víctor Acosta, ha recorrido en discos muchos países. También varios de nuestros poetas, especialmente Manuel Gandarillas, rapsoda del campo chileno, han cantado en inspiradas estrofas a la vendimia.

Las reinas de estas fiestas, ataviadas con trajes pintorescos, aguardan como en mística unción la bendición de la uva.

Y todo esto da pábulo para que se desate la fiesta criollaza con cueca, poncho y espuela junto a las cajas armoniosas de las vihuelas encintadas para la fiesta campera.



Una hermosa vendimiadora chilena

Embotellando los deliciosos vinos chilenos considerados los mejores de América





LAS primeras melodías y cantares que surgieron en nuestra tierra y que reemplazaron al canto monocorde y doliente del indio, llegaron indiscutiblemente con los conquistadores españoles.

Entre los capellanes mercenarios y los ciento cincuenta aventureros de don Pedro de Valdivia, vino una guitarra andaluza y estalló en las márgenes del Mapocho la primera copla como una flor alegre sobre el hierro de las armas.

La guitarra y la copla pusieron en un cendal de evoca-

ciones el chisperío de las lejanas verbenas españolas en el adusto campamento militar que fue la cuna del Santiago del Nuevo Extremo que naciera como un clavel alucinado del soldado y del hidalgo que palpitaban al unísono bajo la coraza de don Pedro de Valdivia.

Pero el cantar español lo mismo que los hombres que se establecieron, que echaron raíces en nuestros valles, fueron evolucionando con el tiempo hasta adquirir una fisonomía distinta y nueva, mejor dicho, la influencia telúrica

pulió las viejas aristas peninsulares del cantar y del hombre para producir un canto propio de esta tierra y un hombre, hijo auténtico de nuestros valles y de nuestras montañas.

Así fue, como en el transcurso de los años, el antiguo cantar español vino a transformarse en la tonada chilena que recoge en su música y en su letra el alma y la idiosincrasia de cada una de las regiones de este largo país cuyas condiciones climáticas y geográficas le dan tres características precisas y distintas.

El norte cálido y desértico produce unas melodías agri-dulces como el paisaje. La música evoca el amor de las ñustas quichuas y de las llamas al sol que calienta y calcina las tierras estériles y salitrosas.

Más al sur la música cambia, cobra agilidad y un ritmo vital que no es otra cosa que la voz imponderable de la tierra fértil, regada por las aguas del cielo y de sus ríos rumorosos.

Y es en la zona central de Chile donde nace la tonada en la vihuela bordoneada por huasos de chamantos multicolores, maliciosos y ladinos y de "chinas" querendonas vestidas de percal y enagua almidonada.

Y por último tenemos la canción sureña, lenta, brumosa y triste como la lluvia que lava y relava los largos inviernos australes.

La Cueca:

BAILE NACIONAL

Es hija o nieta de la zamacueca, danza que bailaron nuestros antepasados. Por lo que respecta a su origen no hay informaciones precisas ni fidedignas que nos permitan sentar una premisa determinada. Sin embargo, personalmente, creemos que la cueca chilena tuvo su origen en el fandango español. Esta es la versión que nos parece más lógica. Sin embargo existen muchas otras y esto se debe a que el baile nació en una época de oscuridad musical. Hay quienes sostiene que el baile tuvo en sus comienzos influencia negra que le habrían dado los africanos que se mercaban en tiempos de la Colonia.

Sea como fuere, lo cierto es que la cueca es el órgano máximo del lirismo popular y en ella el pueblo entrega su alegría y su tristeza, sus triunfos y sus derrotas.

La folklorista y profesora Gabriela Ramos nos entregó la letra de una cueca antañosa que conserva en sus archivos y en la cual se vuelca el fervor patrio de otros días:

*El dieciocho de septiembre
de mil ochocientos diez,
proclama la independencia
todo Santiago de pie.*

*En medio de la plaza
los tres Carrera
declaran a la patria
con sus banderas,
con sus banderas sí...*

*En gran desfile
el pueblo de Santiago.
¡Y viva Chile!
Arriba los Carrera
con sus banderas...*

Gabriela Ramos guarda como preciados tesoros cuecas dedicadas o inspiradas en el 21 de mayo,

en la revolución del 91 y en otras gestas de la historia patria.

La cueca es un baile viril, decisivo y voluntarioso. El huaso, el varón que lo baila, avanza con valentía. La compañera debe ser coqueta y saber a la vez defenderse de la conquista fácil que pretende y busca el macho.

Para muchos estudiosos —nos dice Gabriela Ramos— la cueca es un pequeño poema o si se quiere un pequeño drama que simboliza una pasión amorosa desde su principio hasta su desenlace.

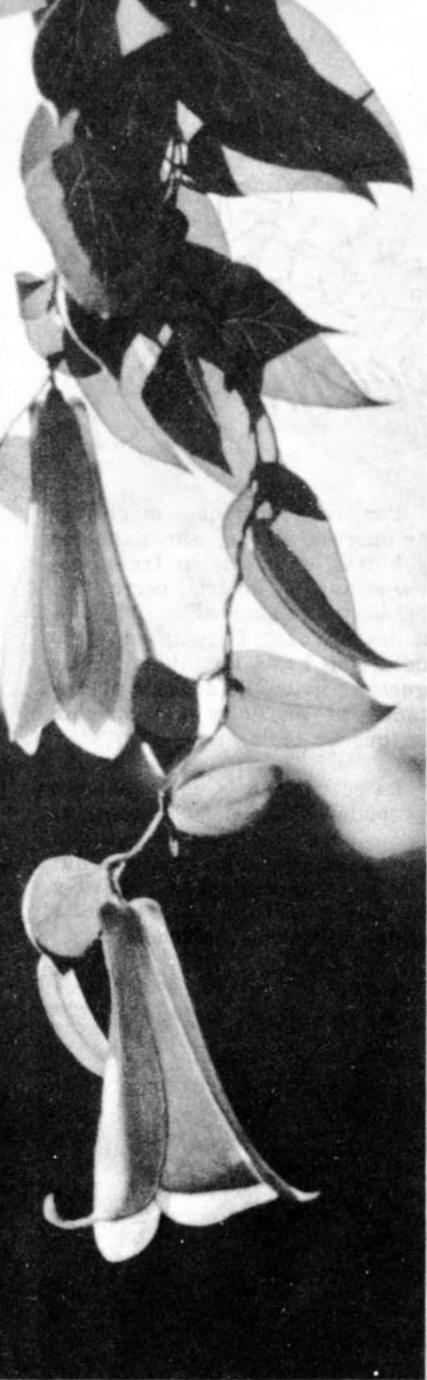
Por esto, los que miran y animan la danza con palmoteo y huifas irrumpen en frases como éstas: “¡Cómetela, perro!”... “¡Llévatela al cerro!”... “¡No te la llevés!”... “¡Te rompo el refajo de arriba hasta abajo!”... Y siguen los gritos de acuerdo al instante, al pueblo y al ambiente en que se baila.

La cueca triunfa en los salones y donde se encienda la alegría; pero donde alcanza su máxima expresión es en las ramadas durante los grandes días patrios y en las fiestas campesinas como la trilla, el rodeo y la vendimia.



EL COPIHUE

un emblema chileno



El copihue es la flor chilena por excelencia, o más bien dicho araucana, pues sólo crece en la región austral del país, donde vivió ese pueblo indomable que hizo escribir a don Alonso de Ercilla sus inmortales estrofas en los comienzos de la nacionalidad.

El copihue es una enredadera y sólo se da en los bosques del sur, porque es una planta de sombra y humedad. Los soles del norte la agostan y la secan irremediablemente.

El copihue crece esplendente bajo la lluvia y acariciado por soles débiles que le alcanzan de soslayo entre los quilantales y la sombra de los grandes árboles de la selva sureña en que se elevan imponentes el roble, el alerce, el coigüe y el sagrado canelo.

Hay copihues rojos, blancos y rosados. Los poetas y entre ellos especialmente Ignacio Verdugo Cavada, el amable "zorzal del sur", le canta sus mejores versos, convirtiendo al bello copihue en el emblema de un pueblo y de una raza.

En la actualidad el copihue alcanza tan alto grado en la escala de los emblemas nacionales, que perfectamente podría incluirse en el escudo en forma que sus flores enlazaran al cóndor y al huemul en una orla de vívidos colores.

Desgraciadamente, cuando don Carlos Wood diseñó el escudo de armas de Chile, esta flor aún no había subido a la categoría de emblema patrio, en razón de que en ese tiempo el copihue crecía y florecía ignorado como una violeta junto a las rucas indígenas y los brumosos y largos inviernos australes.

Primero los estudiosos, los botánicos, establecieron que la bella

flor del copihue sólo crece dentro de las fronteras patrias y dentro de esas fronteras en la región que poblaron esos seres de leyenda que se llamaron los araucanos.

Parece que esta flor fuera la reencarnación de los hechos pasados y vividos en la gesta gloriosa que hizo cantar a don Alonso. La sangre indígena heroicamente derramada en defensa de la libertad, parece que floreciera ahora en las rojas corolas de sus flores como medallones o camafeos de los tiempos heroicos que se fueron para siempre de los bosques araucanos.

Esto fue seguramente lo que vieron los poetas. Esto fue lo que le dijo el copihue a Ignacio Verdugo Cavada, porque en realidad este poeta del sur conoce todos los enigmas de la flor nacional.

El poeta sabe que es una chispa de fuego que nace en la raíz del bosque y que abre sus pétalos misteriosos en el largo silencio de la noche austral.

Conoce también, por ejemplo, este poeta inefable el nacimiento del copihue y dice en el más popular de sus cantares que la flor del indio indomable nació una tarde serena y fue la hija de un rayo de sol que se enamoró de la sombra doliente de una montaña chilena.

Y desde entonces comenzó a "desplegarse junto a las rucas indianas" para ser un testigo eterno de sus triunfos, sus derrotas, sus lágrimas y sus dolores.

Esta es la flor del sur, cuyo prestigio emblemático por obra de los poetas abraza a toda la nacionalidad, porque es la flor que luce como la mejor condecoración el chamanto tricolor que cubre el pecho de este huaso ladino, noble y esforzado que se llama Chile.

LA belleza de la mujer chilena es algo proverbial que fluye como una espontánea admiración de todos los extranjeros que han visitado y que visitan nuestro dilatado territorio desde los remotos tiempos de la Colonia hasta nuestros días.

La mujer de este país generalmente es hermosa, posee un cuerpo bien modelado, es exquisitamente femenina y sabe vestir con una sencilla y elegante gracia parisiense que ha sido comentada por escritores de distintas latitudes y cantada por poetas como Rubén Darío.

El bardo nicaragüense al inspirarse en su belleza se detiene y elogia con deleitosa admiración el manto que la chilena usaba con singular gracejo hasta la primera o segunda década del presente siglo.

... De una garbosa doncella
con un rostro encantador,
se afirmará al conocella,
que sin el manto es muy bella,
pero con manto, mejor.

Tiene ello mucho de santo;
mas despierta cierto anhelo
cuyo velo no levanto;
si no fuera ese recelo,
andarían en el cielo
los querubines con manto...

Muchos años antes que Rubén Darío, en el siglo XVIII, el viajero inglés John Byron, abuelo del poeta Lord Byron, durante



"Canto a la amada". (Foto: Astudillo L.)

LA MUJER CHILENA

su estada en Chile tuvo oportunidad de admirar a la mujer chilena y le dedica hermosas páginas en sus comentarios donde narra las impresiones de su visita a nuestro suelo.

Los poetas argentinos Manuel Ugarte y Arturo Capdevila escribieron también hermosos poemas añorando con amoroso rictorio el recuerdo de una chilena que les dejó perfumado el corazón romántico y andariego.

Resultaría una historia tan larga como Las Mil y una Noches referirnos a todos los admiradores y cantores de la mujer de esta tierra.

Sin embargo, esta viñeta o comentario resultaría una nota trunca si no dedicáramos las últimas líneas a esbozar un rápido retrato moral de nuestra dulce compañera.

Desde los comienzos de la nacionalidad, la mujer chilena escribe con sereno heroísmo hermosas páginas de la historia nacional sin distinción de clases sociales, pues una pléyade de seres admirables actuó en distintos planos, pero siempre con la misma lealtad, la misma fe y con un entrañable cariño por la tierra que las vio nacer.

Unas fueron aristócratas, madres de grandes soldados, otras

simples mujeres del pueblo, que supieron seguir a sus amados hasta el campo de batalla, sirviendo como cantineras en los viejos tercios de la patria. Pero todas fueron inmensas en el patriotismo, la ternura y el amor.

La chilena de nuestros días ha sabido guardar la herencia y las nobles virtudes del pasado. Sin perder su femineidad y su clásica elegancia, ha sabido afrontar los tiempos modernos y con su proverbial simpatía y lealtad compite con el hombre codo a codo en todas las actividades de esta hora turbulenta y febril que vive el mundo.

Es por eso que a ella la encontramos en todas partes: es enfermera, oficinista, profesional, profesora y artista como Gabriela Mistral, la divina mujer que naciera en un pueblo de Chile para gloria de América.

Pero por sobre todas estas cosas la mujer chilena es madre, esposa, hermana y compañera.

G. L.

LA AÑAÑUCA

el copihue nortino

A SI como los clásicos copihues sureños, cantados por Ignacio Verdugo, viven en el corazón de la Araucanía, la ñañauca es la flor típica y silvestre del norte. Sólo crece entre Atacama y Coquimbo, ni más al norte ni más al sur y por eso se le llama el copihue nortino.

El poeta Roberto Flores, hijo del Norte Verde, ha cantado con ternura a la flor de la ñañauca, en el oro bruñido y amable que este minero del sentimiento saca de la veta prodigiosa de su verso.

Este cateador de sueños y apir de ñañaucas y luciérnagas, que es Roberto Flores, nos hizo el retrato espiritual del copihue nortino y se lo agradecemos desde el fondo de esta crónica.

LA FLOR EN EL PAISAJE

En los años en que la lluvia se acuerda del Norte Verde y lo visita fecundando sus valles, llanuras y lomajes, la ñañauca renace y viste el paisaje de rojo y azul y entonces el gracioso copihue nortino es el símbolo de la primavera, de la juventud y la vida para la gente de Atacama y Coquimbo.

La corola de esta flor es muy parecida a la del copihue austral, pero la planta es de tallo, de veinte centímetros más o menos, y de hojas verdes y forma en algunos sitios alegres alfombras rojizas que adornan y encienden el paisaje.

Los habitantes de Vallenar, La Serena, Coquimbo, Ovalle, Freirina, Illapel, etc. salen entonces los días festivos al campo y vuelven con los últimos rayos de sol, con brazadas de ñañaucas para engalanar los floreros de las casas durante muchos días.



Los ramos de flores entre los brazos y tocados por los rayos postreros del sol nortino semejan temblorosos medallones de sangre que se agitan como banderas en la calma del paisaje. La ñañauca es la flor de los pastores de cabras en las montañas del medio norte. Entonces, con cabras y pastores, la ñañauca decora un cuadro eglógico y hermoso digno del pincel y de la lira.

Un sitio donde crece en bella profusión la ñañauca es la famosa Pampilla de Coquimbo, lugar ubicado detrás del puerto, anfiteatro natural, con hermosa vista al mar y al valle y donde en cada día 20 de septiembre se reúnen más de cien mil personas a celebrar el día de la patria, con ramadas y carreras a la chilena entre pajaretos y vinos generosos.

LEYENDA QUE DEBIERA SER HISTORIA

La palabra ñañauca se traduce generalmente por simple tradición como "Flor de sangre", aunque hay quienes le dan otra interpretación.

La región en que más abunda es la comprendida entre Copiapó y el valle de Quilimarí, en Coquimbo.

La ñañauca surge después de las escasas lluvias y se mantiene bebiendo en los vasos difusos, húmedos y fantasmales de la camanchaca que es como una nodriza de la flor silvestre y heráldica que debiera decorar el escudo de armas de un pueblo norteño.

Una tradición que contaban en Monte Patria, cuando Monte Patria se llamaba Monte Rey, vale decir, antes de la independencia, mucho antes que don José Miguel Carrera enarbolará su dulce bandera de la Patria Vieja, la ñañauca era una flor joven de carne y hueso.

Un día entre los días hizo alto en el poblado un minero extraño, hermoso y gallardo que cruzaba los caminos en busca del eterno derrotero perdido.

Y entonces floreció el romance del minero y la ñañauca. El mancebo, hechizado por la niña morena como la Sulamita del Cantar de los Cantares, se quedó en el poblado. Una noche tuvo un sueño: un duende de la montaña le dio en el duermevela de ese sueño el sitio preciso en que se hallaba el tesoro, la veta perdida, y el minero partió.

La niña de Monte Patria o más bien dicho de Monte Rey quedó esperando la vuelta del amor. El minero no volvió jamás, se lo tragó el espejismo de la pampa.

La muchacha murió de pena, de ese mal de amores que aún existía cuando Monte Patria se llamaba Monte Rey.

La enterraron un día de aguacero en el valle. Al día siguiente alumbró el sol y el valle se cubrió de flores rojas. Así nació la ñañauca (Flor de sangre) mucho antes que don José Miguel Carrera enarbolará la bandera azul, blanco y amarillo de la Patria Vieja.

CON el vocablo huaso se designa en Chile al hombre de campo. El huaso equivale al vaquero norteamericano, al charro mejicano o al gaucho en Argentina, Uruguay y Brasil.

Ahora, para su mejor conocimiento del huaso chileno, les entregaremos en esta crónica una breve historia de su personalidad y atuendos, trabajo que hemos basado en documentados relatos de escritores costumbristas como Manuel Gandarillas, Oreste Plath, Gerardo Leñeros y Tomás Lago, director, este último, del Museo de Arte Popular.

EL HUASO CHILENO

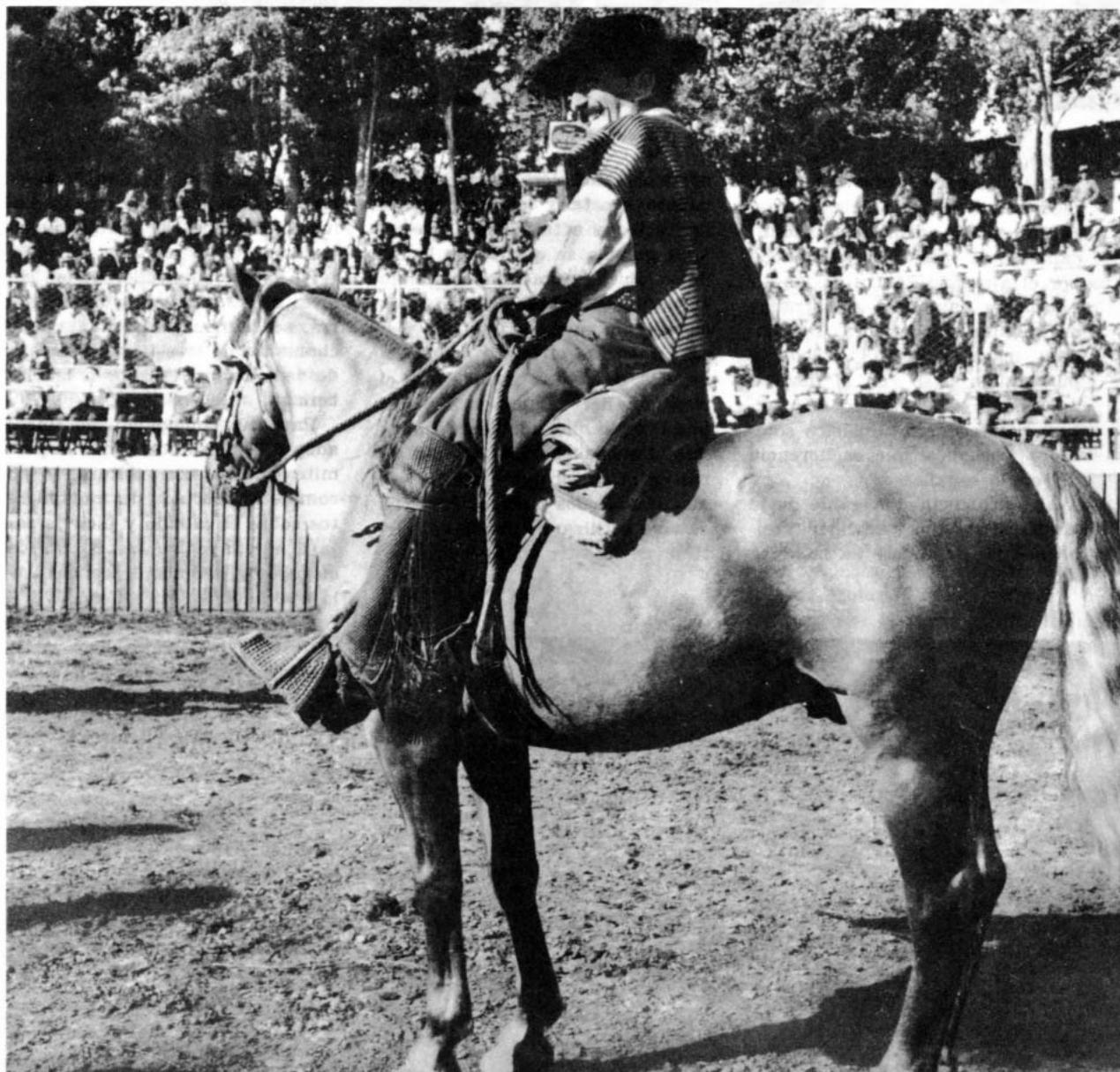
NACIMIENTO DEL HUASO

En los comienzos de la nacionalidad, el hombre de campo de Chile y Argentina, es decir, el huaso y el gaucho, eran muy semejantes en sus aperos y atuendos. Usaban pantalón amplio o bombacho, bonete y lazo trenzado y en las monturas de bastos

llevaban una montaña de pello-nes liguanos (cueros de pelaje largo) que les servían de cama en los prolongados viajes cuando debían acampar a la rasa junto a los caminos perdidos en los valles o desfiladeros cordilleranos.

Durante gran parte de la época colonial esta situación se

El huaso chileno con todos sus aperos





Detalle de los aperos del huaso

mantiene, pero poco a poco, a medida que el país se organiza, el huaso también evoluciona; cambia el pantalón bombacho por el ajustado dentro de las altas botas camperas atiborradas de hebillas y corriones. Del bonete maulino de alto copete puntiagudo pasó con el devenir del tiempo al sombrero alón actual que recuerda el clásico sombrero cordobés que es herencia del chulo español.

La influencia innegable de la Madre Patria se advierte también con facilidad en la blusa

corta, el pantalón ajustado y el zapato de taco alto que usa el huaso en la actualidad.

El gaucho se quedó con la espuela chica, pegada al tamango (especie de zapato, sin taco y sacado de un cuero de una sola pieza), mientras el huaso adoptó la espuela de rodaja grande que el ricachón del campo enchapa en plata para que adquiera sonoridad y suene "bonito" en los giros de la cueca que desde la zamacueca de los tiempos heroicos se vino estilizando, hasta convertirse en nuestro baile nacional,

sobreviviendo a las danzas coloniales o de la independencia como El Cuando, El Aire, La Sa-juriana, etc.

El huaso, admirador de los colores de su bandera y de su tierra, se caló luego la manta o el chamanto de tres tonos y la faja de seda roja o tricolor a la cintura.

Para su comodidad de jinete adoptó la blusa corta, que le permite actuar con soltura y en completa libertad de movimientos sobre el caballo y lucir la faja achulada entre las hileras de colgajos y botones de concheperla que adornan su atuendo.

El huaso es por sobre todo jinete. Así ha llegado hasta nuestros días y así lo verán de seguro nuestros descendientes.

EL ALMA DEL HUASO

No podríamos terminar este esbozo histórico del huaso chileno si no dedicáramos un puñado de líneas a esas cualidades invisibles, pero que siempre están latentes en nuestro hombre de campo, porque constituyen su idiosincrasia plasmada en la ge-

Chamantos y fajas





Haciéndole el amor a su "china". (Foto: Baltazar Robles)

nerosidad, y la hombría que puede llegar a la heroicidad, si el destino así se lo depara en las grandes encrucijadas de la vida.

El huaso tiene las mejores virtudes de la raza y también sus defectos, pero después de un examen desapasionado y acucioso estamos ciertos de que en la balanza de la justicia pesan mucho más sus cualidades que sus defectos.

El huaso en su caballo es fantástico y le gusta fantasear para que la "prienda" (la amada) se sienta satisfecha de tener un hombre a carta cabal y de pelo en pecho, es decir, un hombre perfecto en el más amplio sentido de la palabra, una especie de superman.

Le gusta también lucirse en las pruebas campesinas como la

topeadura, el rodeo y las carreras a la chilena, de las cuales nos ocupamos en otras crónicas de la presente edición.

El huaso es un buen bebedor de vino y esto no puede extrañar a nadie, porque Chile se cuenta entre los principales países productores de vino del mundo. Este aserto no es antojadizo, sino que es el resumen de opiniones de técnicos franceses, italianos y españoles.

Como un dato interesante y confirmatorio podemos decir que en el reciente viaje del buque escuela francés "Jean d'Arc" cargó en sus bodegas 18 mil litros de vino chileno para el consumo de los tripulantes.

Pero volvamos al huaso: el hombre del agro se alegra con el jugo generoso de los viñedos de su tierra, pero eso no le impide ponerle el hombro al trabajo cuando hay que realizar una faena y tampoco le impide ser cumplidor de la palabra empeñada y ser abierto, hospitalario y cordial, virtudes estas últimas que son comunes a todos los chilenos.

Estribo, lazo y espuela

